

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## POLÍTICA

### *La hora de la disidencia*

No hay que haber leído a Hannah Arendt para saber que en un régimen totalitario la oposición política es ilegal. En el caso de Cuba, esa característica se acentúa por la simbiosis entre nacionalismo y comunismo que define al gobierno de Fidel Castro. De acuerdo con los artículos 53 y 54 de la Constitución de 1992, que rige en la isla, los cubanos tienen derecho a expresarse y asociarse políticamente siempre y cuando lo hagan a través de las instituciones del Estado: los Comités de Defensa de la Revolución, el Partido Comunista, la Central de Trabajadores, los medios oficiales de comunicación... Quien intente expresarse o asociarse al margen de esas corporaciones del Estado no sólo se coloca fuera de la ley, sino que es considerado traidor a la patria, enemigo de la nación.

En Cuba la política es, como pensa-

ban Lenin, Schmitt y todos aquellos que aspiraron a la destrucción del Estado de derecho, una continuación de la guerra por otros medios. Allí el opositor no es un ciudadano con una opción política diferente, sino un enemigo del pueblo que debe ser aniquilado. Y como en Cuba, el otro amenazante siempre es Estados Unidos, los opositores tienen que ser presentados como satélites de Washington, aunque ellos mismos sean tan nacionalistas como el propio Castro y rechacen el embargo comercial contra la isla. Los disidentes cubanos Elizardo Sánchez, Osvaldo Payá, Vladimiro Roca y Raúl Rivero son tratados como “agentes del imperialismo” porque el régimen de Fidel Castro no puede concebir la existencia de una oposición pacífica que defienda la democracia y la soberanía.

Aunque vigilada, reprimida y descalificada, la disidencia cubana se ha consolidado en la última década como un actor posible de la transición democrática. El prestigio internacional

que han ganado esos activistas irrita a Fidel Castro, pero, al mismo tiempo, los protege de la furia de su régimen. Los dos logros principales de la disidencia en los últimos años son haber persuadido al exilio de su liderazgo moral y de la pertinencia de un cambio pacífico, y haber aprendido a presionar al régimen cubano para que se reforme desde sus propias leyes. El Proyecto Varela, impulsado por el Movimiento Cristiano de Liberación, que encabeza el líder laico Osvaldo Payá, es una buena muestra de ese aprendizaje.

Inspirado en la figura del sacerdote cubano del siglo XIX, Félix Varela, quien promovió en las Cortes de Cádiz, durante el Trienio Liberal (1821-1823), dos célebres reformas, la abolición de la esclavitud y el gobierno autonómico insular, el Proyecto Varela se ampara en el artículo 88 de la Constitución socialista, el cual, en su inciso G, establece que un grupo de más de 10,000 ciudadanos, empadronados en el último censo electoral, puede proponer a la Asamblea Nacional del Poder Popular una iniciativa de ley. En los últimos dos años, Payá y sus colaboradores lograron reunir más de 11,000 firmas y, a principios de mayo, antes de la visita del ex presidente James Carter a La Habana, presentaron el proyecto al Poder Legislativo de la isla.

El Proyecto Varela propone, en esencia, un referéndum nacional en el que se consulte a la población si está o no de acuerdo con las siguientes demandas: 1) amnistía general para presos políticos; 2) apertura de la pequeña y mediana empresa privada nacional; 3) una reforma constitucional que garantice las libertades de expresión y asociación al margen del Estado cubano; 4) nueva ley electoral que reconozca la legalidad de partidos políticos de oposición; 5) elecciones libres en un plazo de nueve meses. En estos momentos, el proyecto se encuentra en el Parlamento cubano, el cual tiene la obligación constitucional de debatirlo y aprobarlo o rechazarlo.

El gobierno de Fidel Castro se enfrenta, pues, a una disyuntiva provocada por la propia legalidad revo-

lucionaria. Sin embargo, el Proyecto Varela sólo sería aprobado si las elites políticas de la isla están dispuestas a propiciar una transición a la democracia, cuya iniciativa provenga de un actor tan molesto como la disidencia interna. Y no es ése, sino el empeño de aferrarse al régimen totalitario hasta la muerte de Fidel Castro, el objetivo a corto plazo del Estado cubano. El escenario más plausible, entonces, es que el Proyecto Varela sea engavetado en las oficinas de la Asamblea Nacional, mientras se enfurece la campaña de descrédito contra la disidencia y el exilio en las calles de La Habana. —

— RAFAEL ROJAS

## CARTA DE BARCELONA

### *Celebrar la vida envuelto en una manta*

Definitivamente parece confirmarse que hemos decidido tentar al diablo. A diario se me habla de “los demasiados libros” y hasta ahora yo iba mirando a otro lado —siempre queda bien ser tolerante—, no queriendo ver ni dramatizar. Pero últimamente el asunto se ha puesto demasiado serio, ya no tiene gracia. Un buen escritor y alma caritativa dijo el otro día que había que dejar en paz a los narradores mediáticos y a los editores cabrones, que hagan y deshagan, que saquen sus cabecitas por la televisión y se hagan famosos y vendan sus bodrios, no molestan tanto, no hacen daño, tienen derecho al negocio, la buena literatura sigue su propio camino. ¿No molestan tanto? El negocio se ha vuelto definitivamente diabólico, se han pasado de la raya los comerciantes y los enemigos de lo literario y la situación ahora es sencillamente alarmante, porque se ha tentado a la figura del Diablo de forma muy arrogante y peligrosa, y la Basura total ya está aquí, totalmente, con una obscena plaga de escritores analfabetos vendiendo sus falsos libros. Ya no quiero mirar a otro lado y dejar jugar a los niños, se acabó la broma.

Si Blanchot decía que todo artista es-

tá ligado a un error con el que mantiene una particular relación de intimidad, hoy puede decirse algo parecido del mundo del libro, que se está hermanando con un obscuro pájaro de la noche final, con un íntimo y escalofriante error que no tardará en ser su perdición. El otro día, al presentar en Barcelona *Siete cuentos imposibles*, el primer libro de Javier Argüello, advertí de la inminente catástrofe, fui apocalíptico (pero sincero) porque sentí que era mi obligación alarmar a quienes me escuchaban y así, a trancas y barrancas, poder llamar la atención sobre ese primer y excelente libro de un autor joven que se ha atrevido a publicar cuentos y además a hacer literatura: dos cosas que apenas se llevan en un país como España donde sólo interesan las novelas —en un porcentaje altísimo son todas malísimas, de un tiempo a esta parte, tal como dice Fogwill, la novela española contemporánea conoce una verdadera plaga de marquesas, proletarias, amantes y prostitutas que salen cada día de casa a las cinco de la tarde—, un país donde campa a sus anchas un personal nuevo dentro del mundo editorial, una especie de alfabeto integral que es enemigo directo de lo literario y que día a día confirma que Julien Gracq no se equivocó en 1950, cuando profetizó, en *La literatura en el estómago*, que los enemigos de lo literario comenzaban a hacerse fuertes.

En estas circunstancias, Argüello se ha atrevido a debutar con un libro de cuentos que, encima, tiene hondas raíces literarias y está conectado nada menos que con el cada día más exótico mundo de los lectores de literatura real. Para presentar este osado libro —que contiene un cuento antológico, “Relato acerca del tiempo, de un viejo cuento, y de la manera extraña que ocurren las cosas”— recurrí a una historia de Joseph Roth que no he podido nunca olvidar desde el remoto día de 1992 en que la leí. Se trata de un breve cuento, “El Leviatán”, donde se nos habla de Nissen Piczenik, un comerciante de corales de la pequeña ciudad de Progrody, un hombre que ama los corales auténticos, criaturas del pez original Leviatán; lleva años

vendiéndolos y siendo feliz, hasta que de pronto un día se instala en su barrio un vendedor de corales falsos, de corales de celuloide. En un primer momento, Piczenik sólo siente curiosidad por los falsos corales, pero cuando ve que éstos se venden con suma y sorprendente facilidad se siente tentado a mezclar en su negocio corales falsos con los verdaderos. Él cree que por traicionarse un poco a sí mismo no va a suceder nada. Piensa lo que algunos escritores me dicen sobre los numerosos libros falsos que inundan hoy las librerías: “No pasa nada”. Pero yo creo que sí que pasa. En el momento en que el comerciante Piczenik mezcla los corales falsos con los verdaderos, no hace más que parecerse a aquellos que renuncian a su vida por un sueño y luego lo traicionan. En el cuento de Roth, presenciamos cómo, al ligarse Piczenik a ese error tan íntimo, el Destino no tarda en volverle la espalda.

No deberíamos olvidar que a quien comercia con falsos corales el Leviatán le aguarda. Y que quien avisa no es traidor, quedan así avisados los traidores y enemigos de lo literario. He elegido este cuento de Roth, tal vez porque he vuelto a leerlo en los últimos tiempos, ya que son muchos los lectores jóvenes que me comentan que se sienten atraídos por este escritor que, como dice Magris, es sugestivo, pero no excepcional, pero revela la intensidad con que se siente hoy la exigencia de resistirse a la expropiación total que el nihilismo absoluto amenaza —o promete, según sus apologetas— gracias a su valor universal de cambio y a sus intentos de uniformarnos a todos en el ejército de lo idéntico.

Muchos de los personajes de los cuentos de Argüello recuerdan a los de Roth: seres errantes y obstinados, héroes que moran en la periferia de la vida: seres que, como Odiseo, intentan no ser nadie, a fin de salvar de las garras del poder algo propio, una vida que les pertenezca: poco llamativa, oculta, marginal, pero suya. Uno de los personajes de Argüello, a modo de parábola de su propio destino —ligado a los corales verdaderos— y en lucha por la supervivencia, celebra en Londres la

vida envuelto en una manta después de haber atravesado Rusia de la forma más alucinante, al modo en que un niño de nueve años, Yegorushka, atraviesa la inmensa estepa meridional rusa para ir a estudiar lejos de casa en “La estepa”, aquel inolvidable cuento de Chejov. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

## SOCIEDAD

### Niños a la carta

Viene a la mente *El país de los ciegos*, de H.G. Wells, esa parábola encantadora sobre un lugar apartado del mundo, cuyos habitantes, enceguecidos en un principio por una enfermedad a la que consideran un castigo divino, al cabo de las generaciones terminan por aceptar su ceguera como la única realidad del mundo. En esta tierra de ciegos reina una rara armonía y cuando aparece entre ellos un intruso que sí puede ver, lejos de convertirse en su providencial rey tuerto, casi acaba por consentir que le extirpen esas extrañas bolas que tiene en la cara y que son la causa de que diga tantas tonterías. En el país de los ciegos, toda posibilidad de adaptación pasa irremediablemente por perder la vista.

Lo habitual sería recurrir a este tipo de referencias literarias en pos de su valor metafórico: la humanidad que se obstina en la ceguera de su ignorancia, etcétera, etcétera. Esta vez, sin embargo, bastará con restringirnos a una lectura estrictamente literal.

Sharon Duchesneau y Candy McCullough son una pareja de lesbianas que vive en Bethesda, Maryland, un suburbio de clase media alta de la ciudad de Washington. Ambas son profesionistas, con buenos empleos, dueñas a todas luces de una vida llena de satisfacciones. Ambas son también sordas de nacimiento. Todo indica que su sordera congénita fue considerada por sus padres como una mala pasada de la fortuna; en cambio, las de su hija Jehanne (cinco años) y su hijo Gauvin (tres meses), fue algo que ellas procuraron deliberadamente. Para conseguirlo no

tuvieron que recurrir a complejas manipulaciones genéticas en laboratorios intergalácticos, simplemente echaron mano de una técnica que se ha usado desde hace milenios para propiciar que ciertos perros salgan más bravos o que ciertas vacas produzcan más leche: se agenciaron un donador de semen con generaciones de sordera en su familia para crear una combinación genética que casi garantizaba que el fruto de aquella unión difícilmente llegaría a escuchar siquiera los latidos del corazón de su madre. Y así fue. Sorda más sordo igual a sordito. La aritmética cromosomática no falla.

Las razones que han aducido estas dos mujeres para justificar su decisión no son muy distintas de las que casi le cuestan la vista al despistado explorador de *El país de los ciegos*: “Quiero que mi hijo sea como yo... Quiero que disfrute las cosas que nosotras disfrutamos” (y ninguna otra, podríamos agregar nosotras), declaró Candy al *Washington Post*. Entre ellas y un hijo que oyera, señalaron, se habría levantado tarde o temprano una barrera difícil de remontar, la frágil armonía de su mundo quedaría en peligro. “Pensamos que podíamos ser mejores madres de hijos sordos”, en resumen. Pero tales consideraciones prácticas sólo son parte de las razones que las condujeron a tomar su radical decisión y, sobre todo, a volverla pública de una manera tan bien calculada. Hay también consideraciones ideológicas de peso, empezando por la idea de que ser sordo (o ciego, o enano, o parapléjico) no es un defecto o una discapacidad (como se dice delicadamente ahora), sino una “cultura”. Sharon y Candy equiparan su decisión de tener hijos sordos con la de una pareja de negros que quieren tener hijos negros, a sabiendas de que su vida estará plagada de dificultades. No hace falta detenernos en lo desorbitado de la comparación, resulta claro que su deseo de que sus hijos sean tan sordos como

ellas es ante todo una declaración de principios, la medida de su compromiso con una militancia. Ciertamente, no podría encontrarse una manera más contundente de afirmar que ser sordo no tiene nada de malo.

Como era previsible, el asunto ha causado considerables manifestaciones



Candy McCullough: “Quiero que mi hijo sea como yo.”

de repudio entre el público en general, agravado por el hecho de que se trata de una pareja de lesbianas, lo que contribuye sin duda a darle a su decisión mayores visos de “anormalidad”. Pero antes de proceder a rasgarnos las vestiduras, debemos reconocer que lo que Sharon y Candy han llevado a la práctica es apenas lo que los avances de la genética prometen poner muy pronto al alcance de todos: la posibilidad de introducir o eliminar en nuestros hijos rasgos físicos fundamentales. Y a la hora de producir niños a la carta, todo va a depender de lo que cada quien considere como “bueno”. Si pensábamos que la genética iba a servir para que todos tuviéramos hijos grandotes, de ojos azules, con un IQ de premio Nobel y blindaje intracelular contra el cáncer, este hecho no obliga a considerar que también puede servir para crear niños sin orejas, cojos o con los brazos chiquitos.

A pesar de lo que digan las películas de ciencia ficción, hasta ahora los principales usos prácticos de la genética tienen que ver con la posibilidad de detectar *in utero* una serie de “defectos”, como el enanismo o el síndrome de

Down. Dado que poder detectarlos no es lo mismo que poder curarlos, lo que en realidad sucede es que los padres tienen mayores posibilidades de abortar estos productos “indeseables”, como sucede con las niñas en algunos países de Oriente a partir de la llegada del ultrasonido. Frente a esta realidad, no resulta extraño que algunos sectores de minusválidos se sientan amenazados y comiencen a emplear, para referirse a sí mismos, la retórica que solía estar reservada para la defensa de las especies en peligro de extinción. De hecho, uno de los argumentos esgrimidos por nuestra pareja para explicar su decisión de tener hijos sordos fue justamente la preservación de la diversidad, frente a cierta tendencia que quisiera usar la genética para limpiar al mundo en definitiva de toda clase de seres desagradables y costosos, incluyendo sordos, ciegos, deformes, idiotas, enanos y hasta homosexuales. Lo paradójico es que mientras los sordos en general contribuyen sin duda a la diversidad del mundo, sus hijos sordos en particular van a encontrar muy difícil disfrutar de ella, pues su ámbito de interacción quedará reducido por fuerza al pequeño grupo de gente capaz de comunicarse en el lenguaje de signos: más o menos el 0.1% de sus compatriotas.

En Francia, mientras tanto, una persona con severos impedimentos físicos congénitos demandó hace poco al Estado con base en un supuesto derecho a no nacer. Es difícil entender cómo podría un feto ejercer dicho derecho, o cómo podría aplicársele de manera retroactiva una vez que ya hubiera nacido. Por descabellado que parezca, el juez de primera instancia le dio la razón al demandante y el asunto llegó así hasta un tribunal superior, con lo que quedó sentado un insólito precedente.

De modo que el futuro podría tener la perfección marmórea de las películas de Leni Riefenstahl, la cineasta de cabecera de Hitler; o asemejarse más a esos animados congales llenos de seres exóticos de *La guerra de las galaxias* (un producto a todas luces inferior, pero mucho menos siniestro). O ser una mezcla de ambas, o no tener nada que ver con nin-

guna, porque nadie sabe a ciencia cierta lo que va a suceder. En el umbral de un territorio desconocido, la experiencia nos permite suponer que la humanidad habrá de jugar sus cartas con la torpeza que la caracteriza. También, para nuestro consuelo, que acabaremos por acostumbrarnos a lo que venga, convencidos, como siempre, de que vivimos en el mejor de los mundos posibles. —

— HÉCTOR TOLEDANO

## CIUDAD

### “Mátenlos a todos”

Algo extraño sucede en Ecatepec. En menos de medio año, a su presidente municipal, Agustín Hernández Pastrana, se lo descubren ganando 45,000 dólares de salario mensual y a su hija la aprehenden por vínculos con un fraude. Su obispo trata de madrugarse al Vaticano, asegurando que el acto en el que Juan Pablo II oficiará la misa de canonización de Juan Diego se celebrará en los terrenos de Sosa-Textcoco, cuyo terregal sería convertido en un Versalles para tan gloriosa ocasión, y hace pocas semanas amenaza a todo el pueblo de Santa Clara con la excomunión por no querer al sacerdote local que niega la existencia de —nada menos— Santa Clara, en este caso Clara Zúñiga y Ontiveros, una nieta de Moctezuma Xocoyotzin. “Aquí sólo mis chicharrones truenan”, dijo, florido, el obispo Onésimo, y cerró la parroquia local hasta que los levantiscos pobladores le pidan perdón frente a los medios.

No sé si estas actitudes de las autoridades civiles y eclesiásticas de Ecatepec sienten un precedente o sólo son el clima picaresco para lo que ocurrió el lunes 6 de mayo. José Luis Nieto Dávila, un mecánico de 54 años, sale al mediodía a la calle de Clavel en la colonia Los Bordos y la encuentra bloqueada por unos niños de entre tres y cinco años que rinden honores a la bandera. Todo indica que Nieto tenía un año peleando con la directora de la escuela, Socorro Bribiesca, para que lo dejaran pasar —incluso se habían dividido la calle con

una rayita amarilla. El mecánico pensaba que las actividades extraaulas —y no la desaceleración y los recortes de Hacienda— le habían mermado su economía y que necesitaba entregar la Pick-up que conducía para que le pagaran 200 pesos por el cambio de una bomba de agua. Todo indica, también, que la directora no tenía con él una actitud de buena vecina y que le guardaba una mezcla de rencor y temor: Nieto había intentado pasar sus autos en medio de festivales y se sabía que él y sus hijos, estudiantes del Poli, estaban armados. Así que ambos personajes, el mecánico y la directora, se encontraron de nuevo a las doce y media del día. Nieto salió a avisarles a unos niños distraídos y a unas maestras que cantaban “al sonoro rugir del camión”, que contaría hasta tres. Se subió a la camioneta, contó, y se persignó. Tomó vuelo y arrolló a los niños. Así... Luego trató de huir a pie y fue detenido en la esquina de Avenida San Andrés de las Cañadas. El resultado, hasta hoy, es que hay dos niños muertos, Adriana de cinco años y Rodrigo de tres, y 22 heridos, entre ellos la directora y dos madres de familia, y que al kínder “Gabriela Mistral” los niños ya no quieren ir, y que hay daños psicológicos insondables. Nieto se va cincuenta años a la prisión de Chiconautla. Probablemente allí morirá.

Una de las personas asistentes grababa en video la ceremonia escolar. La paralizante sorpresa le permitió grabar también lo que siguió. La televisión transmitió la forma en que una de las mujeres se arqueaba con el contorno de la defensa y terminaba debajo de las llantas, la dirección que los niños tomaban en el aire, los gritos y el llanto de los demás. Después oímos al autor del crimen: “Desde hace más de cinco meses se me está agrediendo, porque no me dejan paso a mi casa, porque en la otra calle se hizo un relleno. Llegamos a un acuerdo para que me dejaran media calle, pero no lo respetaron, y si no entran carros a mi taller, yo me quedo sin trabajo. Los maestros tienen más la culpa por poner a los niños de escudo y yo por mi necesidad de pasar. Trabajo solo,

entonces nunca recibo más de lo que puedo atender y ahora ya no tengo ni para comer; el día de ayer amanecí sin un quinto.” Lo que siguió es la cascada de ineficiencias: los medios descubren que existía una calle que, aunque sin pavimentar, puede ser utilizada como salida, que las autoridades tenían ocho denuncias contra el mecánico, que para poner un kínder no se necesitan permisos porque los diputados no han aprobado la iniciativa que lo haga obligatorio. La escena que cierra el ciclo aparecerá en el Canal 40: el presidente municipal Hernández Pastrana pasa a la colonia Los Bordos y, de su cartera, reparte billetes a los deudos y a quien tenga algún problema con que él sea el funcionario público mejor pagado del país.

Alrededor del caso —además de que los municipios vecinos, Tultitlán y Atizapán, tengan pícaras autoridades que se pagan películas de acción con el erario público, o sean consignadas por homicidio de una regidora que había descubierto que mantenían pistas de aterrizaje del narcotráfico— hay también ceguera. El mecánico, desesperado por llegar a cobrar, valora, de pronto, más una bomba de agua que a unos niños; valora más ganarle esa partida, de una vez por todas, a la desdeñosa directora del kínder, que la vida de unos niños; cree —quizás— que si logra correr tan rápido como el Chapo Guzmán o Rogelio Montemayor, su crimen quedará impune o, acaso, que se trata de una acción final: me voy a la cárcel, pero el kínder cierra. Todo está por encima de los niños, literalmente por encima. Lo que aterra es que el mecánico encontró su crimen justificable, y no pocos comunicadores equipararon la acción con sus deseos más íntimos de pasar por encima de manifestantes, ambulantes, limpia-parabrisas, conductores de peseros, *valet-parkings* de la vía pública. “Alguien sobra”, es la idea atrás de esto. Y hay que hacer algo como, por ejemplo, “martarlos a todos”, la propuesta que el ciego tiene para acabar con los jóvenes delincuentes en *Los olvidados*, de Buñuel. De “la privatización de las calles” se quejaba algún otro columnista, no tan

valiente para criticar las otras privatizaciones. En una sobremesa de mayo, me ocurrió algo similar:

—Es que hay veces que pierdes el control. Deberían permitir un día de venganza —escupió el cerebro de un amigo a quien creí conocer desde hace veinte años. De pronto, se había convertido en el mecánico Nieto. Tenía la mirada desbocada y también problemas de dinero.

Esa tarde insistí en pagarle la cuenta. Cuando me ofreció un aventón, casi llamo a un policía. Pero no había ninguno cerca. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

## PORNOGRAFÍA

### *Linda Lovelace* (1949-2002)

Con ese apellido —Boreman (hombre aburrido)— resulta significativo que Linda se convirtiera, a principios de la década de los setenta, en una de las mujeres que más entretenimiento brindaron al género masculino. *Garganta profunda*, ahora todo un clásico del cine porno, se estrenó en 1972, encumbrándola —ya bajo el nombre artístico de Linda Lovelace— como la primera estrella de la entonces naciente industria de los filmes para adultos. Tenía tan sólo 21 años. Todas las demás que le siguieron, de Marilyn Chambers a Tracy Lords, le deben algo. Sin embargo, ella misma, en una vuelta de tuerca tan curiosa como absurda, intentó acabar con su leyenda, dedicándose a dar conferencias en contra de la pornografía, cuando su carrera ya no dio para más. No lo consiguió. Al momento de su muerte, ocurrida tras un accidente automovilístico el pasado 22 de abril, seguía siendo considerada la más popular actriz porno de todos los tiempos.

Nacida en el Bronx en 1949, Linda Lovelace comenzó su trayectoria participando en cortometrajes *hardcore* de estilo fetichista, filmados en 8 mm, de la mano de Chuck Traynor, a la postre su primer marido. Tras un intento con

el largometraje *Dog fucker* (cinta de corte *amateur* en la que el coprotagonista de Linda era nada más y nada menos que un perro), la fama llegó de golpe con la mencionada *Garganta profunda*, en la que interpretaba a un singular personaje: una mujer que, debido a un defecto congénito, tenía localizado el clítoris en el fondo de la garganta, lo que convertía la *fellatio* en su única opción para alcanzar el orgasmo. La película fue un rotundo éxito en taquilla, quizá debido a este delirante argumento o tal vez al propio arte de Lovelace (los conocedores la han definido también como una felatriz incomparable). Lo cierto es que *Garganta profunda* saltó de los sótanos de la pornografía a las salas comerciales para recaudar 600 millones de dólares (su producción tan sólo costó 24,000). Evidentemente vinieron *Garganta profunda* II y III, y una serie de filmes que desde el título constataban el estatus de su nombre: *Confessions of Linda Lovelace* (1974), *Lovelace meets Miss Jones* (1975) y *Linda Lovelace for President* (1976). Cuando el inevitable ocaso llegó (el cine para adultos siempre necesita rostros nuevos), tras la pobre recaudación en taquilla de la última cinta mencionada, Lovelace publicó dos libros: *Ordeal* y *Out of Bondage*, donde advertía a las mujeres jóvenes los peligros de aventurarse en la profesión de la pornografía, y emprendió una cruzada contra la industria que le dio fama, argumentando que a ella la habían involucrado a punta de pistola. Incluso testificó ante el Congreso estadounidense... Un final anticlimático para la carrera de la primera reina del porno.

¿Por qué, entonces, Linda Lovelace prevaleció como una figura de culto? Aquí valdría decir que, detrás de cada *porn star*, hay un gran director. *Garganta profunda* fue realizada por Gerard Damiano, considerado por la crítica especializada como uno de los talentos más originales e irrepetibles del género. De su autoría son también otros clásicos como *The Devil in Miss Jones* (1973), *Memories Within Miss Aggie* (1974), cinta insólitamente postulada para tres Óscares, y *Story of Joanna* (1975), adapta-



Linda Lovelace, la reina que no quiso.

ción de la novela de Pauline Réage, *Histoire d'O*. Manuel Valencia y Sergio Rubio, en su *Breve historia del cine X* (Ediciones Glénat, 1995), dicen de él: “Sus atrevidas licencias, tanto en la condición de los guiones como en la selección del sexo a mostrar, han convertido a Damiano en un verdadero bicho raro que todavía colea en un género poco propicio a alegrías innovadoras.”

Linda Lovelace falleció al estrellar su coche contra un poste, en Denver, Colorado, y ahora forma parte del panteón de los famosos muertos en accidentes automovilísticos, al lado de Jayne Mansfield y James Dean, entre otros. “Me miro en el espejo y sé que he sobrevivido”, dijo en una entrevista realizada en 1977. Sin duda, su recuerdo también sobrevivirá, aunque no de la manera en que a ella le habría gustado. —

— BERNARDO ESQUINCA

## ARTE

### Altamira bis

“Que en estos días se registre con tanta frecuencia el fenómeno del plagio tiene que ver con un espíritu de la época donde se ha exasperado la inclinación a la copia, la atracción por la repetición, el delirio por la clo-

nación, la fantasía por la reproducción exacta de cualquier cosa, sean las cuevas de Altamira o la figura humana...” Leo estas palabras de Vicente Verdú en *El País* y pienso dos cosas: en lo mal que me cae ese afán de atribuirle todo al espíritu de la época y en Altamira. Es cierto: desde hace unos meses existe una copia exacta de la cueva y sus pinturas. Pero ¿es sólo eso: delirio por la clonación? ¿O algo se tenía que hacer si queríamos seguir teniendo arte paleolítico para rato? Tengo que decir que las cifras no hacían más que demostrar que el riesgo de pérdida total estaba a la vuelta de la esquina. Pensemos, por ejemplo, en Lascaux. Descubierta en 1940 y abierta al público al final de la Segunda Guerra, este “museo” prehistórico se convirtió rápidamente en uno de los sitios más populares de Francia. Tan popular que quince años más tarde aparecían ya los primeros indicios de deterioro de las pinturas. La respiración de los visitantes estaba logrando lo que no había ocurrido en catorce mil años: amenazar seriamente su existencia. Así que, en 1963, André Malraux ordenó el cierre del sitio. Comenzaron las labores de restauración y, se dice, el resultado fue feliz; sin embargo, Lascaux no volvió a ser mostrado al público. En su lugar las autoridades crearon un impresionante facsímil, mejor conocido como *Lascaux II* (con todo, suena mucho mejor que la *neocueva*, como les ha dado por llamar a la réplica de Altamira).

¿Cómo podemos combinar el deseo masivo de contemplación de las obras de arte con la necesidad de preservarlas? Queremos verlas (ya sean las pinturas más antiguas del mundo, *La última cena* o el *Guernica*) y suponemos que queremos seguir viéndolas en el futuro. Pero si las vemos hoy, mañana ya no podremos hacerlo. Una solución, en apariencia poco problemática, es la que nos presentan Altamira y Lascaux: realizar una copia susceptible de pasar por el original (¿y que, de hecho, lo acabe suplantando?). Y habría otras dos: la primera sería mantener las cuevas paleolíticas a salvo de la respiración

humana con la esperanza de que llegue el día (que bien podría no llegar) en que contemos con la tecnología adecuada para regresar al público sin que corran peligro alguno. ¿Nos contentaríamos con saber que ahí están? Pensemos en que, después de todo, estas pinturas, al igual que otras muestras de arte arcaico, como las vasijas funerarias, se hicieron con el fin de permanecer ocultas. Aunque ése, desde luego, dejó de ser un argumento válido en el momento en que toda clase de consideraciones estéticas comenzaron a actuar sobre nuestra relación con ellas. Para nosotros las pinturas de Altamira y Lascaux son arte en un sentido amplio, aun cuando el concepto (nuestro concepto) de arte no hubiera emergido propiamente en la conciencia de los creadores de las mismas. Como decía Gombrich: “Una cosa es clara, nadie se habría adentrado en la escalofriante profundidad de la tierra con el único fin de decorar un lugar tan inaccesible.”

La segunda posibilidad sería “usar” las obras de arte hasta que se acabaran. O sea que de un modo u otro parecemos destinados a perderlas. Es cierto, además, que muchos de nosotros jamás veremos ni el original ni la copia, y los libros serán lo más cerca que estemos de ellas. Puesto así, la réplica se presenta como un estadio un poco más avanzado en el camino hacia el original, nos hace creer que estamos ahí (y, bueno, casi: a cien metros nada más). Pero presenta otros problemas que tienen menos que ver con la reproducción incompleta de las pinturas (que, dicen, es de cualquier modo extraordinaria), y mucho con lo que ha sido un verdadero dolor de cabeza para los coleccionistas, los restauradores y los historiadores del arte: la autenticidad de las obras de arte. Nos hemos pasado la vida condenando las falsificaciones y ahora resulta que hemos decidido celebrarlas. ¿Tendremos que darle la razón a Jean Baudrillard, quien, a propósito de la réplica de la cueva de Lascaux, dijo que se había hecho “de algo subterráneo y vivo una cosa visible y muerta, del capital simbólico un capital museístico y folclórico”?

Desde hace unos años la *Piedad* de Miguel Ángel dejó de estar, literalmente, a la mano del público. Ahora se la puede ver, detrás de una barrera, a unos cinco metros de distancia; pero en compensación se nos ofrece una copia a la que es incluso posible acariciar. A pesar de las muchas diferencias entre el duplicado y el original, no podríamos decir a simple vista en qué difiere uno del otro; podrían de hecho intercambiarlos de lugar sin que lo notáramos. Pero, una vez más, la cuestión es que, por muy perfecta que sea la reproducción, nunca será la verdadera *Piedad* de Miguel Ángel.

Así que no sólo queremos ver las obras de arte y seguir viéndolas en el futuro: queremos ver, o al menos contar con la posibilidad de ver (no nada más saber que por ahí están) las obras de arte *originales* y dejárselas a nuestros hijos. ¿Cómo le hacemos? —

— MARÍA MINERA

## AL CIERRE

### *Dos malas y una buena*

En días recientes fallecieron dos personas cercanas a *Letras Libres*, Mariana Yampolsky y Jesús Díaz. Ambas noticias nos han llenado de consternación. De los dos amigos recibimos, como todos los que estuvimos en el ámbito de su fructífera labor —lo que es decir un área muy amplia y mucha gente— beneficios ilustres.

Mariana Yampolsky quiso y supo hacerse hondamente mexicana, y construir una obra fotográfica de inmenso valor humano y artístico. En las fotografías de Mariana palpita el ser de nuestro país y la verdad de los mexicanos con una elocuente sinceridad, sólo comparable con la que ella sabía poner en todo lo que hacía.

Jesús Díaz, el novelista, el narrador, el luchador político, el director, por lar-

gos años, de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, supo acendrar en su ideal democrático, y supo irradiarlo con tesón, contra viento y marea. Su ejemplo sostendrá ese designio con toda la fuerza que requiere, para bien de las sociedades latinoamericanas que tanto necesitamos ejercerlo.

\*

Pero la congoja tiene consuelos. Hans Magnus Enzensberger, el gran poeta, historiador y filósofo —y antiguo colaborador de *Vuelta*—, ha sido galardonado con el Premio Príncipe de Asturias. Una obra larga, de altísima calidad literaria y de valores igualmente elevados, recibe y a la vez honra una distinción prestigiosa en el dominio de la cultura en español. Felicitamos calurosamente a Hans Magnus Enzensberger, a quien agradecemos lo que ha escrito, cómo lo ha escrito, por qué y para qué. —

**Ciencia y Desarrollo**  
La revista que difunde el acontecer científico y tecnológico de nuestro país y del mundo

CONACYT  
Innovación tecnológica en satélites y estaciones terrestres

Anatomía vegetal sin biomorf  
Eugenio Landolt (una perspectiva original)  
El estado actual del planeta  
Meditación y cultura de la tecnología

\$26.00

Suscripciones y Ventas 5238-1534,  
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología  
Av. Constituyentes 1046, Lomas Altas, 11960, México, D.F.

Novedades

Grupo Planeta

En esto creo  
Carlos Fuentes

Singular autobiografía literaria ordenada en un "abecedario personal", que va de Amistad hasta Zurich, y que sin duda se convertirá en un clásico en su género.

DE VENTA EN LIBRERÍAS DE TODO EL PAÍS.  
PARA ENVÍOS DOMICILIALES: 52 20 2124 0 01 500 732 2935. [www.planeta.com.mx](http://www.planeta.com.mx)